

DISTÓPICAMENTE HABLANDO de Ismael Perisé Badía

La investigación en su campo no era para nada novedosa; desde que en 1796 se observaron los efectos de la infección por viruela bovina se habían estado dedicando recursos a desarrollar vacunas. Lo realmente novedoso era la cantidad de esos recursos que se destinaban desde Aquello.

Ella se había incorporado al proyecto justo después de la catástrofe que lo cambió todo, aunque llevaba años como investigadora en otros departamentos. Tras Aquello, la humanidad había decidido que la inversión en ciencia debía dejar de ser lo que usaban los partidos políticos para dar buena imagen, y tenía que empezar a ser la prioridad. El suceso que casi había acabado con la raza humana había dejado de tener nombre propio en cuanto empezó a ganar magnitud. Ahora solo se recordaba como Aquello. Y Aquello no podía repetirse.

En sus inicios sí que tenía nombre: SARS-CoV-2.

El “bichito” llegó a Europa a comienzos del ya lejano año 2020. En ese momento muy poca gente esperaba que fuese a causar el daño que finalmente causó, y los que empezaban a advertir de sus posibles consecuencias no fueron suficientemente escuchados. Cuatro años después, esas personas tenían dedicado un monumento en cada una de las ciudades que todavía quedaban en el mundo, con el propósito de que la humanidad no volviese a ignorar ninguna voz de alarma en el futuro.

La vida en la Tierra había vuelto a lo que era décadas atrás: las grandes urbes habían dejado de ser la norma, y los supervivientes de Aquello vivían dispersados en aldeas a lo largo y ancho del globo. Los traslados se habían limitado a lo estrictamente esencial, el turismo estaba prohibido en la mitad de países, y los habitantes de la otra mitad tenían demasiado cercano el recuerdo de lo que habían vivido como para moverse de población en población. Muchas familias habían comenzado a cultivar sus propias plantas, e incluso a criar algunos animales, para poder reducir a nulo su contacto con otras personas; las grandes fábricas habían cerrado, debido a la falta de demanda y de trabajadores por la

reducción drástica de población; y todas las competiciones deportivas y eventos de ocio eran anécdotas del pasado.

La guerra entre especies la había terminado ganando Homo sapiens cuando consiguió una vacuna eficaz, pero el virus había causado estragos irreparables entre las líneas enemigas. Más de la mitad de la población de la Tierra había sucumbido ante las garras del “bichito”, y las secuelas psicológicas entre los supervivientes tardarían en curarse; el virus ya no estaba, pero el miedo no desaparecía, y esa era una razón mucho más poderosa que las propias restricciones para actuar de una forma o de otra.

El primer año de pandemia había dejado un balance de casi dos millones de fallecidos, y la mutación que apareció el año siguiente había derrumbado cualquier previsión; los tres años siguientes fueron los más devastadores en la historia de la humanidad. Ninguna de las medidas extremas propuestas por los gobiernos de las distintas naciones había conseguido frenar el inevitable avance del nuevo virus. Por supuesto las mascarillas eran un accesorio absolutamente obligatorio en cualquier situación, y el confinamiento se había ido prolongando semana tras semana, con cada comparecencia de algún dirigente nacional, y posteriormente de la ONU, cuando las competencias en este asunto fueron otorgadas a este organismo.

Durante todo ese tiempo los laboratorios más o menos relacionados con la investigación en virus fueron derivando sus hojas de ruta hasta terminar colaborando todos ellos en obtener la tan ansiada vacuna. Y finalmente llegó.

Ella caminaba nerviosa por el pasillo de acceso a la sala de conferencias del centro de investigación que se había convertido en su hogar durante los últimos tres años. Las situaciones antes cotidianas, como subirse al autobús para ir a visitar a sus tíos, o quedar con su grupo de amigos para pasar la tarde en el bar de Tomás, ahora formaban parte de su recuerdo, ocupando un espacio pequeñito al lado del cofre mental donde se contenían las memorias más difíciles de controlar: los abrazos de su hermana mayor, fallecida al principio de la pandemia mientras colaboraba como voluntaria en una residencia de ancianos; o los besos en la frente de su padre, que había sucumbido a la enfermedad mientras vivía en primera mano el declive de la cadena de montaje en la que había trabajado durante más de treinta años.

Tras haber superado tantas dificultades, ella se refugiaba ahora en su trabajo, que había ido variando en los últimos años. Desde la investigación en busca de un tratamiento contra el SIDA, que era a lo que se dedicaba antes de la irrupción de la pandemia; a un remedio para

tratar a enfermos de COVID-19, cuando esta enfermedad parecía que iba a ser algo temporal, y por último la tan anhelada vacuna para prevenir la infección por el virus del que todo el mundo había estado hablando y del que ya nadie quería hablar.

Pero muchos meses después de haberse adaptado a la nueva línea de investigación, esta por fin parecía haber dado sus frutos, y ella era la encargada de anunciarlo al mundo.

-Buenos días a todos- comenzó ella su declaración irónicamente, delante de una única cámara, tras la cual se parapetaba el único periodista autorizado para acceder a la sala, debido a las más recientes restricciones. La comparecencia se prolongó durante más de una hora, en la que ella se entretuvo en explicar todos los detalles de la vacuna, así como las fases que se iban a implantar para su administración a los distintos grupos de riesgo existentes. Veinticinco de abril de 2024, una fecha que ella jamás olvidaría.

En ese momento todos los habitantes del planeta estaban desesperados por obtener la fórmula mágica que trajese de vuelta lo que consideraban normal, pero esto no siempre había sido así.

Un año después de declararse el estado de pandemia, cuando se empezaba a hablar de una vacuna (aunque en aquel momento se investigaba para combatir la versión original del virus) existían muchas reticencias, mucha gente que no consideraba que la situación fuese tan adversa como para arriesgarse a “pincharse algo tan nuevo”, como decían algunos de los detractores.

Poco después surgió la mutación del virus, y comenzó la verdadera masacre. Los ánimos decayeron por todo el globo, y mucha gente se resignaba a ver fallecer a sus familiares y amigos, o incluso dejaban de luchar por sobrevivir ellos mismos.

Sin embargo, en 2024 los aún habitantes de la Tierra necesitaban más que nunca la vacuna. Habían reconstruido sus vidas como habían podido, pero las cifras de infectados seguían siendo demasiado altas, y anhelaban volver a la normalidad “pre-Covid”.

Tres años de arduas investigaciones y una colaboración internacional sin precedentes fue lo que necesitó la especie humana para obtener el arma final en esta guerra que se había prolongado demasiado.

Las vacunaciones se estructuraron por grupos, según la necesidad de cada uno, siguiendo un protocolo firmado por todos los países miembros de la ONU en 2021, cuando creían que la vacuna original iba a ser el final de la pandemia. Por esta razón, hasta que no terminó el año no toda la gente estuvo vacunada.

Incluso al terminar todo el proceso, la sociedad seguía reticente a recuperar la normalidad a la que estaban acostumbrados hasta la llegada de la enfermedad. Costaba entablar una conversación sin mascarilla con otra persona, aún sabiendo que ambos estaban vacunados, y costaba también saludar dando la mano, tras años con nulo contacto físico.

Poco a poco, la sociedad fue retomando actividades que hasta 2020 nadie habría considerado peligrosas: reuniones de trabajo o de amigos, viajes de turismo, competiciones deportivas, traslados en transporte público...

De hecho, la situación crítica a la que la humanidad había sido sometida había conseguido dejar tras de sí una serie de hábitos que resultaron ser beneficiosos incluso tras la erradicación del virus: los botes de gel desinfectante habían llegado para quedarse en los bares y cafeterías; las tiendas de ropa limpiaban a conciencia las prendas devueltas por los clientes; y en prácticamente todos los países se había multiplicado el presupuesto destinado a sanidad e investigación científica.

Mucha gente volvió a sonreír aquel año 2024 al volver a ver a sus familias tras años confinados en casa o con la prohibición (y el temor) sobre las visitas a conocidos; y los niños nacidos en los años justamente anteriores a la pandemia aceptaron con gran ilusión que la mascarilla, aquel accesorio que habían llevado durante prácticamente toda su vida y que consideraban tan habitual como la camiseta o el pantalón, ya no iba a ser necesario, y no les costó nada comenzar a jugar con otros niños, a pesar de que habían tenido una interacción nula hasta ese momento. Pero los niños son niños, con pandemia o sin ella.

Y al igual que los niños, el resto de seres humanos se enfrentaron con emoción al fin de los contagios, de las medidas de restricción, y en definitiva, a la vuelta a la normalidad.

El 1 de enero de 2025 se declaró erradicada la enfermedad, y las pocas prohibiciones que quedaban tras los periodos de vacunación del año anterior se levantaron. El mundo recuperó el aspecto que tenía cinco años atrás: los colegios volvían a acoger a los alumnos en las aulas, los restaurantes podían desempolvar la vajilla tras años de cajas de cartón y platos de plástico que contenían comidas deliciosas para disfrutar en casa, y los dueños de los hoteles que habían podido sobrevivir económicamente, colgaban el cartel de "Completo" en la primera semana del año.

Paralelamente al entusiasmo general, ella no había abandonado su puesto de trabajo. Aprovechando las nuevas subvenciones, los laboratorios vivían un momento de máximo esfuerzo para tratar de evitar que la situación se repitiese, y para revertir situaciones no relacionadas con el virus, que aún asolaban el mundo: aparecieron nuevos antibióticos, nuevas técnicas de inmunoterapia, y se avanzó en el tratamiento de enfermedades neurodegenerativas.

Ella salió del laboratorio aquella tarde recordando los años en los que Aquello consiguió dar un vuelco a su vida; esa vida que ya no terminaría de vivir, porque ahora tenía una nueva vida, la vida post-Covid, para la que nadie estaba preparado, pero para la que quizás tendríamos que irnos preparando, distópicamente hablando.